

Ignacio del Río

*Mercados en asedio*

*El comercio transfronterizo en el norte central de México (1821-1848)*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

252 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 56)

Mapas

ISBN 978-607-02-1824-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de junio de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mercados/asedio.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México.

## PRECEDENTES COLONIALES

La formación de la colonia francesa de Luisiana a fines del siglo XVII cambió radicalmente las condiciones de existencia de la frontera norte de la Nueva España. Por primera vez se vieron confrontados allí de una manera directa los intereses coloniales de España con los de otra potencia europea. Siendo una frontera que no podía ser adecuadamente resguardada por parte de las autoridades españolas fue inevitable que se convirtiera pronto en una puerta de entrada para mercancías de contrabando.

La situación de esa frontera volvió a tener cambios importantes en el curso y al término de la llamada Guerra de Siete Años: el año de 1762 Francia cedió a España la parte de Luisiana localizada al oeste del río Mississippi, o sea la Luisiana Occidental, y al año siguiente, como parte de los arreglos que pusieron fin a la guerra, quedó obligada a transferir a la corona inglesa los derechos coloniales sobre la Luisiana Oriental, lo que se formalizó mediante el Tratado de París. De ese modo, los territorios de la ribera norte del golfo de México sujetos al dominio español quedaron lindando con posesiones de Inglaterra, país que a la sazón era el más fuerte y agresivo rival comercial de España.<sup>1</sup>

Unos años después sobrevino la independencia de los Estados Unidos, bajo cuya soberanía quedó la Luisiana Oriental, antes inglesa. El gobierno español receló de esa situación y aun llegó a tener por conveniente replegarse territorialmente para mantener a los angloamericanos alejados de sus fronteras. En ese propósito, y aprovechando la circunstancia de que los franceses venían mostrando interés por recuperar por lo menos parte de su antigua colonia, el año de 1795 el influyente ministro español Manuel Godoy hizo saber al gobierno francés que España estaría dispuesta a venderle la Lui-

<sup>1</sup> La formal toma de posesión de Luisiana Occidental por los españoles se efectuó hasta mediados de 1769, siete años después de la cesión. Alberto María Carreño, *La diplomacia extraordinaria entre México y los Estados Unidos, 1789-1947*, 2 v., México, Jus, 1951, v. I, p. 19.

siana Occidental;<sup>2</sup> pero, pese a que el asunto siguió planteándose a través de los canales diplomáticos, no llegó a concretarse la operación de compraventa.

El aplazamiento convino al gobierno francés, ya que en el año de 1800 logró que, mediante el tratado secreto de San Ildefonso, el rey español Carlos IV admitiera la retrocesión a Francia de la Luisiana Occidental a cambio no de dinero sino del ofrecimiento de que los galos apoyarían la colocación del duque de Parma, hijo político del rey de España, en el trono de la Toscana o en algún otro de los estados italianos.<sup>3</sup>

Como quedó previsto en el tratado secreto, en 1802 se hizo efectiva la transferencia territorial. Aunque el soberano español puso como condición la de que la colonia no debería ser nuevamente enajenada, menos de un año después de que Francia la recuperara, Napoleón Bonaparte, que era a la sazón el gobernante de ese país, la vendió al gobierno de los Estados Unidos, lo que hizo inútil el repliegue de los españoles, que volvieron a tener una vecindad fronteriza con los angloamericanos.

La firma de un tratado de límites entre España y los Estados Unidos vino a ser entonces del interés de los dos países. Si al gobierno español le convenía poner un dique legal al ya manifiesto expansionismo de su contraparte,<sup>4</sup> al gobierno de los Estados Unidos el tratado le permitiría dar una cobertura internacional a sus pretensiones de expandirse hacia las tierras del interior del continente. Siendo ésta la situación, en 1819, tras las negociaciones de rigor, se firmó el que fue conocido en el mundo español como Tratado Onís-Adams o Tratado de la Florida<sup>5</sup> y que, por sus alcances territoriales, fue llamado por los angloamericanos Tratado Transcontinental.<sup>6</sup>

<sup>2</sup> David J. Weber, *La frontera española en América del Norte*, trad. de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 407.

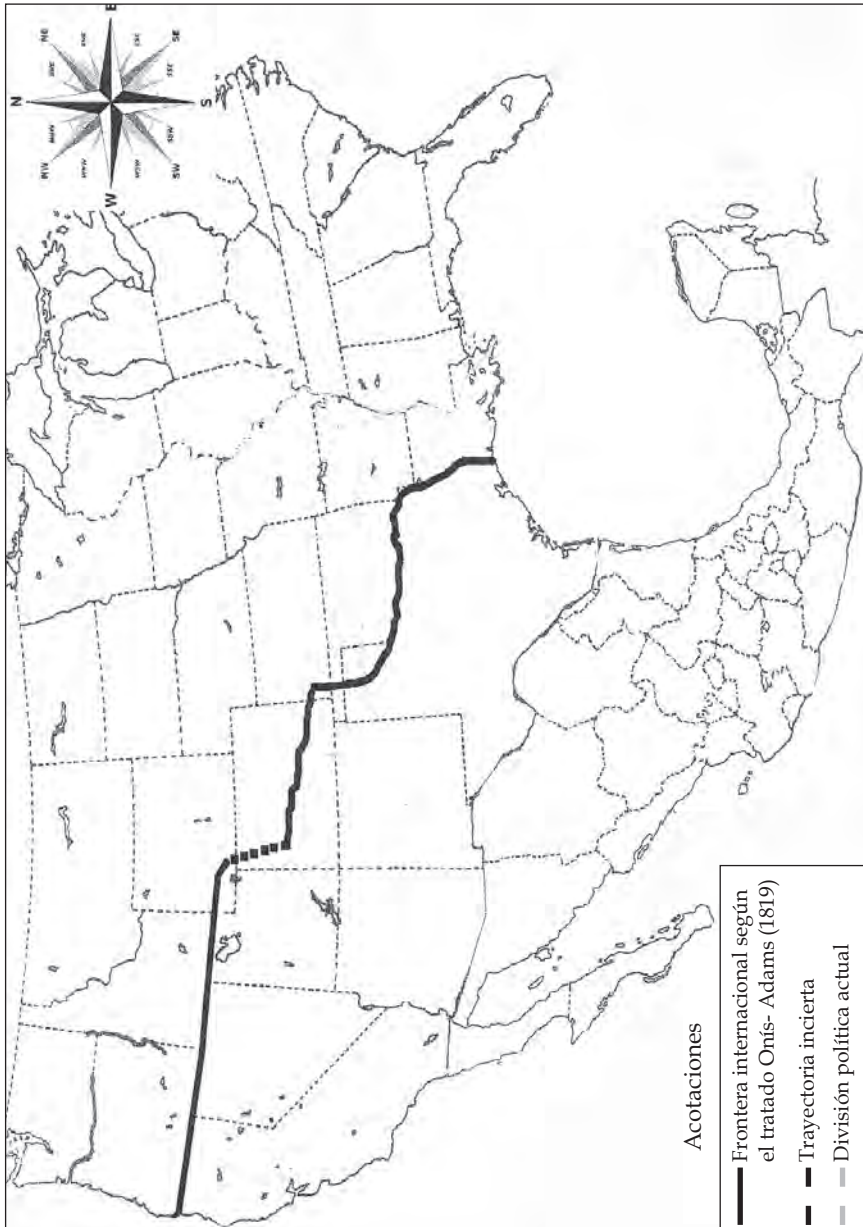
<sup>3</sup> A. M. Carreño, *La diplomacia extraordinaria...*, v. I, p. 64.

<sup>4</sup> Entre los años de 1808 y 1812, Estados Unidos se fue haciendo de las porciones oriental y occidental de la Florida, para cuyo efecto el gobierno de ese país se valió de presiones diplomáticas, de reclamaciones económicas y aun de medidas como la ocupación militar, supuestamente transitoria, de territorios españoles. Una descripción de ese proceso de absorción puede verse en José Fuentes Mares, *Génesis del expansionismo norteamericano*, México, El Colegio de México, 1980, p. 67-85.

<sup>5</sup> En este tratado se consignó que España hacía plena cesión a los Estados Unidos de todos sus derechos sobre los territorios de Florida.

<sup>6</sup> Resúmenes puntuales de las negociaciones hechas antes de llegar a la firma de este tratado pueden verse, entre otras obras, en J. Fuentes Mares, *Génesis del expansionismo...*,

FRONTERA FIJADA POR EL TRATADO ONÍS-ADAMS



Elaboró: Nancy Leyva

Desplegada a partir del golfo de México, la línea fronteriza acordada seguía el curso del río Sabinas, que separaba a Texas de Luisiana; alcanzado el paralelo 32°, la línea continuaba hacia el norte hasta llegar al río Rojo (designado también en español como río Colorado), cuyo cauce seguía hasta el meridiano 100°, para subir luego en línea recta hasta el río Arkansas, alcanzar las fuentes de éste y remontarlas hasta llegar al paralelo 42° —que marca hoy el límite norte de los estados de Utah, Nevada y California—, para seguirlo hasta el Pacífico.<sup>7</sup>

En buena medida esa frontera era una mera ficción jurídica que, salvo en la colindancia de Texas y Luisiana, no se correspondía con una ocupación territorial efectiva por parte de las naciones signatarias del tratado. En su mayor parte, los territorios que demarcaba estaban ocupados más bien por pueblos indios no colonizados, situación que no impidió que el Senado de los Estados Unidos ratificara el tratado el mismo año de 1819 y la monarquía española lo sancionara el año siguiente.<sup>8</sup>

Así las cosas, al iniciar su vida como país independiente México debió asumir la responsabilidad de defender esa extensa frontera, no necesariamente para contar con reservas territoriales para posibles expansiones futuras, sino porque aquel amplio frente podía convertirse en una vía franca de acceso hacia el interior del país, como efectivamente sucedió.

La permeabilidad de la nueva frontera del norte novohispano se hizo evidente desde que los franceses se asentaron en la desembocadura del río Mississippi y formaron en esa parte el núcleo de lo que, en honor del monarca francés Luis XIV, pronto sería llamado *Louisiane*, nombre que vino a dar Luisiana en español. No hubo allí barreras enteramente infranqueables para los españoles y los franceses fronterizos, sino espacios de comunicación y comercio.

p. 86-112; en María Cristina González Ortiz, "La definición de la frontera entre España y Estados Unidos en 1819", en Marcela Terrazas y Alicia Mayer (eds.), *Carlos Bosch García. El maestro, el amigo, el hombre. Homenaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, p. 101-127, y en Manuel Fernández de Velasco, *Relaciones España-Estados Unidos y mutilaciones territoriales en Latinoamérica, 1809-1819*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1982, p. 157-177.

<sup>7</sup> Carlos Bosch García, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos, 1819-1848*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, p. 97-98.

<sup>8</sup> D. J. Weber, *La frontera española...*, p. 420.

El paso ilegal de mercancías por ese flanco fue motivo de preocupación entre las altas autoridades del imperio español y del virreinato novohispano, que poco pudieron hacer para impedirlo, sobre todo porque a menudo las autoridades locales estuvieron involucradas en él. Sólo a manera de ejemplo es de referirse aquí el caso del francés Louis Juchereau de Saint Denis, comandante del fuerte de Biloxi, Luisiana, y el español Diego Ramón, capitán del presidio de San Juan Bautista del Río Grande, provincia de Texas, los que no sólo practicaron y solaparon el comercio ilegal durante las primeras décadas del siglo XVIII, según trascendió ampliamente, sino que tuvieron entre sí un trato familiar por haber emparentado, ya que Juchereau casó con una nieta de Diego Ramón.<sup>9</sup>

Sin embargo, la introducción de artículos extranjeros tuvo allí una limitante: la de la escasa capacidad de compra de una también escasa población, como era la que formaba los entonces incipientes núcleos de colonización española de la provincia de Texas. Las mercancías que ingresaban de contrabando por esa frontera no podían alcanzar volúmenes significativos porque estaban destinadas a abastecer un mercado marginal, en el que los consumidores eran casi exclusivamente el personal militar de los presidios y sus familias; su circulación clandestina, además, sólo era posible en los poco vigilados establecimientos de Texas, que era la más extensa pero también la menos colonizada de las provincias del virreinato.

Hay que agregar que, desde el tiempo en que Luisiana fue una posesión francesa, los colonos asentados en ese territorio, cuyos límites occidentales permanecieron indefinidos por largo tiempo, también hicieron intercambios con los indios de la región, a los que les vendían e, incluso, les regalaban armas a cambio principalmente de pieles o bien de una pretendida lealtad. Los que llegaron a hacer de esto una política de aplicación sistemática en la intención de utilizar a los indios armados para mantener en asedio los establecimientos españoles de la frontera fueron los angloamericanos, sobre todo luego de que adquirieron de Francia la Luisiana Occidental. En 1812, Pedro Bautista Pino, nombrado diputado por Nuevo México a las Cortes de Cádiz, denunciaba ante aquel cuerpo que no era otro el propósito de los angloamericanos al armar a los in-

<sup>9</sup> Sobre estos hechos *vid.* Vito Alessio Robles, *Coahuila y Texas en la época colonial*, México, Editorial Cultura, 1938, p. 425-442.

dios y pedía que se tomaran con urgencia algunas medidas de contención.<sup>10</sup>

Aunque los tratos comerciales con los indios de tierra adentro fueron del interés de no pocos de los colonos franceses y angloamericanos radicados en las tierras de frontera, no faltaron entre esos colonos quienes tuvieran en perspectiva un horizonte comercial más lejano e incierto, pero que, de alcanzarse, podía augurar mejores negocios que los que se hacían con los indios. El objetivo a alcanzar no fue para esta gente el de los grupos indígenas proveedores de pieles o el de los aislados puestos militares y misionales de Texas, sino el de las zonas del norte novohispano que se pensaba que serían mercados atractivos o que podían ser vías de entrada hacia ese tipo de mercados.

Una de esas zonas, la más estratégicamente situada en relación con los asentamientos franceses o angloamericanos, era la de la provincia o reino de Nuevo México, cuya capital, Santa Fe, fue convirtiéndose en el referente simbólico de los mercados del norte novohispano. Hasta esa población llegó en el año de 1739 un grupo de ocho o nueve hombres procedentes de los valles del río Illinois sobre los que se habían venido extendiendo los franceses. El grupo, comandado por los hermanos Paul y Pierre Mallet, permaneció unos meses en Santa Fe y volvió luego a su lugar de procedencia. Demostraron estos hombres que, aun desde la región del Illinois, situada al este del río Mississippi, era posible, aunque no fácil, hacer el viaje de ida y vuelta a Santa Fe, donde, según lo aseguraron, la gente se mostraba bien dispuesta a aceptar el comercio con extranjeros.<sup>11</sup>

Contrariamente a los novomexicanos, que no rehusaban adquirir mercancías importadas aunque fueran ilegales pero siempre que fueran más baratas que las que procedían del centro del país, el gobierno del imperio español fue celoso defensor de los derechos de exclusividad comercial que tenía dentro de los dominios imperiales. Una medida pretendidamente disuasiva fue la de solicitar al rey de Francia que advirtiera a sus súbditos que el internarse en

<sup>10</sup> Pedro Bautista Pino, "Noticias históricas y estadísticas de la antigua provincia de Nuevo México...", en Enrique Florescano e Isabel Gil Sánchez (comps.), *Descripciones históricas regionales de Nueva España. Provincias del norte, 1790-1814*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento de Investigaciones Históricas, 1976, p. 247.

<sup>11</sup> Lee Francis Brown, *The Explorer, the United States Government, and the Approaches to Santa Fe: a Study of American Policy relative to the Spanish Southwest, 1800-1819*, Ph. D. dissertation, Chicago, Loyola University of Chicago, 1972, p. 6-7.

Nuevo México podía ser sancionado con la pena de muerte;<sup>12</sup> pero de poco sirvió esta advertencia, pues, como veremos, los hombres del comercio, ya franceses, ya de otras nacionalidades, siguieron pasando a la septentrional provincia novohispana.

De los viajeros que al mediar el siglo lograron llegar a Nuevo México con el propósito de comerciar un autor recoge los nombres de una buena decena de franceses,<sup>13</sup> lo que nos indica que el interés por acceder al mercado novomexicano fue persistente entre los hombres de esa nacionalidad.

Otro francés, Pierre Vial, del que sabemos que era nativo de la ciudad de Lyon aunque adoptó luego la nacionalidad española, llegó a tener un largo historial como explorador de los territorios no colonizados situados al oeste de los ríos Mississippi y Missouri. Ese historial cubrió veinte años, de 1786 a 1806, tiempo en el que por lo menos en un par de ocasiones actuó por encargo de las autoridades españolas.<sup>14</sup> En alguna ocasión durante sus primeros años de explorador, Vial logró hacer un recorrido no exento de interés comercial que lo llevó de Natchitoches (Luisiana) a San Antonio (Texas) y a Santa Fe (Nuevo México),<sup>15</sup> y más tarde, en los años de 1792-1793, descubrió y fijó la ruta que más comúnmente habría de utilizarse en el futuro para viajar a Santa Fe desde la población de St. Louis, ubicada en la parte norte de Luisiana, hacia la confluencia de los ríos Mississippi y Missouri, río este último del que se tomó el nombre con el que fue conocida esa región. Aseguró Vial que por esta ruta él había podido llegar a Santa Fe en sólo veinticinco días, y aunque esta precisión no mereció un crédito total de parte de otros exploradores que pensaban que el viaje debía tener una duración mucho mayor, la relación hecha por el francés demostró que los establecimientos españoles de Nuevo México no estaban tan distantes de los de la región de Missouri que no pudieran alcanzarse con un poco de esfuerzo.<sup>16</sup>

En realidad, los que desde la última década del siglo XVIII hicieron más fuerte presión sobre las fronteras del septentrión novohispano fueron los angloamericanos establecidos en la Luisiana Orien-

<sup>12</sup> D. J. Weber, *La frontera española...*, p. 285.

<sup>13</sup> M. González de la Vara, *La corta mexicanidad...*, p. 40-41.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 32 y 41.

<sup>15</sup> D. J. Weber, *La frontera española...*, p. 413.

<sup>16</sup> L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 25.



tal, desde donde acostumbraban hacer entradas a la provincia de Texas para dedicarse principalmente a la captura de caballos mestizos y de paso reconocer la geografía de aquellos territorios. Uno de esos captores de caballos fue un individuo llamado Philip Nolan, quien se introdujo en Texas varias veces a partir de 1791, hasta que diez años después fue sorprendido y muerto por soldados españoles.<sup>17</sup> No eran entradas de cazadores o aventureros solitarios, sino de grupos más o menos numerosos, como fue el que tuvo a su mando un Robert Ashley, que hacía sus correrías al frente de una partida de aproximadamente cincuenta hombres.<sup>18</sup>

Algo más que la sola captura de caballos o la caza de animales de piel valiosa movía el interés de algunos de los angloamericanos asentados en las tierras de frontera. En 1793, por ejemplo, un individuo llamado George Roberts Clark, hizo una excitativa al gobierno francés para que llevara a efecto un movimiento militar que le permitiera adueñarse de Nuevo México y de la Luisiana española, con lo que podría “ser rápida y fácilmente adquirido el resto de Hispanoamérica con todas sus minas”.<sup>19</sup> La proposición de Clark fue ignorada por el gobierno francés, al que pocos años después España le devolvió graciosamente la Luisiana Occidental, vendida luego por los franceses a los Estados Unidos.

Lo que ya entonces parecía claro es que los territorios de la provincia de Texas bien podían ser ocupados ilegal pero irreversiblemente por inmigrantes estadounidenses. A ello se refería en 1798 el gobernador de la Luisiana española, Manuel Gayosso de Lemus, quien en carta al gobernador y capitán general de Cuba daba noticia de una penetración continua y sorda de los angloamericanos en la fronteriza provincia de Texas. Su escrito fue de algún modo premonitorio pues en él expresaba sus temores de que aquella gente llegara a incrementar su número, a formar establecimientos permanentes, a tratar de erigir allí un estado independiente y a procurar luego su agregación a la Unión Americana.<sup>20</sup>

Una vez consumada la venta de la Luisiana Occidental a los Estados Unidos continuaron las incursiones hacia el oeste y el su-

<sup>17</sup> Luis Navarro García, *Las Provincias Internas en el siglo XIX*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1965, p. 26-27.

<sup>18</sup> L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 27.

<sup>19</sup> Citado por M. González de la Vara, *La corta mexicanidad...*, p. 41-42.

<sup>20</sup> A. M. Carreño, *La diplomacia extraordinaria...*, p. 26-27.

roeste de St. Louis ejecutadas por estadounidenses o por cuenta de estadounidenses. Meriwether Lewis y un asociado suyo, William Clark, encabezaron una de las de mayor duración, ya que se inició en 1803 y terminó tres años más tarde. Se realizó esta expedición por instrucciones directas del presidente Thomas Jefferson, de quien Lewis había sido secretario privado. Los fines de la entrada eran tanto de reconocimiento geográfico como de evaluación de posibilidades comerciales, pues a los expedicionarios se les encomendó, entre otras cosas, reconocer el alto Missouri y los otros ríos que se hallaban hacia el interior de la tierra, a fin de ver si eran navegables y podían aprovecharse para el comercio.<sup>21</sup>

Es reveladora una información que el ministro español en los Estados Unidos, Carlos Martínez de Irujo, trasmitió en 1802 a sus superiores en Madrid, según la cual el presidente Jefferson había tratado de indagar si España vería con desconfianza la expedición de Lewis y Clark, cuya finalidad se decía que era puramente científica, aunque el mandatario estadounidense había confiado al informante que, para conseguir el necesario financiamiento, se había visto obligado a declarar ante el Congreso que los fines eran más bien comerciales.<sup>22</sup> Es obvio que se hablaba de las posibilidades de un comercio con naciones distintas a la angloamericana, como eran las indias y la española. Por otras evidencias que luego mencionaremos es de pensarse que la posibilidad de ese comercio no era sólo un pretexto político del presidente Jefferson sino una clara expectativa de este gobernante, como lo era de muchos de los hombres que se fueron radicando en los territorios de la frontera occidental de los Estados Unidos.

Lo que se buscaba y se seguiría buscando con una insistencia cada vez mayor era establecer tratos comerciales con los pobladores del norte novohispano, particularmente con los de Nuevo México, provincia formada en los territorios habitados por los indios pueblos, llamados así por ser gente sedentaria, agricultora, que vivía en aldeas y poseía una importante tradición artesanal cerámica y textil. La población española y mestiza, concentrada principalmente en las villas de El Paso, Socorro, Albuquerque,<sup>23</sup> Santa Fe, Santa Cruz de

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 47. Referencias más amplias a esta expedición se pueden ver en L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 56-68.

<sup>22</sup> L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 56-57.

<sup>23</sup> A esa población se le puso tal nombre en honor del virrey Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque; no sé decir por qué el topónimo perdió la "r".

la Cañada, Abiquiú y Taos, sumaba hacia el año de 1793 unos 22 850 individuos, cifra que duplicaba la del conjunto de la población indígena, que apenas llegaba a los 11 350 individuos.<sup>24</sup> Eran los pobladores españoles y mestizos los que consumían las manufacturas novohispanas o ultramarinas que se introducían en la provincia y que llegaban invariablemente del sur, por el camino de Chihuahua. Pagaban esas mercancías a altos precios, pero seguramente eso mismo era un factor limitante de su comercio de importación, el que según el novomexicano Pedro Bautista Pino se cifraba hacia 1812 en unos 112 000 pesos anuales.<sup>25</sup>

Si Nuevo México era uno de los objetivos inmediatos de muchos de los exploradores y comerciantes que se aventuraban hacia las tierras del interior del continente, ese objetivo fue ya frecuentemente alcanzado a partir de 1804, aunque no siempre de manera venturosa. Lewis y Clark no llegaron a Nuevo México porque sus exploraciones se orientaron más bien en dirección al Pacífico; pero cuando estos viajeros aún no regresaban a St. Louis, William Morrison, comerciante establecido en Kaskaskia, Illinois, población situada al sur de Saint Louis, en la ribera izquierda del Mississippi, decidió auspiciar una entrada comercial a Nuevo México, a cuyo fin proveyó de mercancías a un criollo francés llamado Baptiste Lalande, el que salió con aquel destino el año de 1804. El comisionado tuvo éxito en su empresa y, aunque al final de su trayecto fue apresado por soldados españoles, obtuvo luego su libertad, vendió con buen provecho sus efectos y tomó la decisión de quedarse a radicar en Nuevo México, sin regresar luego a cubrir su adeudo con el comerciante que lo abasteció.<sup>26</sup>

Aunque anecdótico, este último dato resulta de conveniente mención porque cobrarle a Lalande fue el propósito explícito de por lo menos otros tres viajeros que, comisionados por Morrison, llegaron sucesivamente a Santa Fe: Laurent Durocher y James Pursley, que hicieron el viaje, cada uno por su lado, en 1805, y el médico John Hamilton Robinson, que, como veremos, participó como agregado en una expedición realizada en los años de 1806-1807. Resulta-

<sup>24</sup> Oakah L. Jones, *Los Paisanos. Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain*, Norman, University of Oklahoma Press, 1979, p. 128.

<sup>25</sup> P. B. Pino, "Noticias históricas...", p. 227.

<sup>26</sup> L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 70-71.

ta un hecho curioso que Pursley también se haya quedado a vivir en Nuevo México.

Es claro, por todo esto, que para entonces el camino de Missouri a Santa Fe empezaba a ser andado con alguna frecuencia y sin grandes tropiezos, lo que se consiguió gracias a la experiencia acumulada por los mismos traficantes y a la información que los oficiales del ejército estadounidense recababan con miras a saber con certeza cuál era la ruta más expedita y corta a Nuevo México, según lo había reportado a España desde 1804 Carlos Dehault Delassus, que había sido comandante militar y gobernador de Luisiana bajo el régimen español y se hallaba radicando en St. Louis.<sup>27</sup> Por muchas y obvias razones bien podemos pensar que ese empeño de los militares estadounidenses que mencionaba Dehault Delassus poco tenía que ver con necesidades defensivas y mucho con ciertos proyectos de expansión territorial y comercial.

De los jefes militares estadounidenses que en esos tiempos actuaron en los territorios fronterizos, uno de los que de manera más constante y notoria pujó en favor de cierta política de expansión hacia las posesiones hispánicas fue el general James Wilkinson, quien, aparte de ejercer el mando militar en la frontera del suroeste de los Estados Unidos, fue nombrado gobernador de Luisiana en 1805. Hombre ostensiblemente pragmático y oportunista, de dudosa honorabilidad, como en general lo han establecido sus biógrafos,<sup>28</sup> Wilkinson fue un jefe militar agresivo y eficiente que mereció la confianza de sus superiores, entre ellos el presidente Jefferson y el secretario de Guerra, Henry Dearborn. Esa confianza seguramente derivó del hecho de que, desde el inicio de su carrera militar, Wilkinson se perfiló como un persistente ejecutor de los designios expansionistas de él mismo y de muchos de sus connacionales, si bien esto fue quizá lo que, siendo gobernador de Luisiana, lo llevó a involucrarse en la conspiración encabezada por Aaron Burr en 1806, cuyos objetivos eran presumiblemente formar un nuevo país con territorios pertenecientes a los Estados Unidos y algunas de las provincias del norte novohispano. Pese a haber estado comprometido en esa conspiración, el gobernador

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>28</sup> *Vid. ibid.*, p. 139-199, donde se hace un examen de la personalidad y la actuación de este célebre militar.

terminó por contener y apresar a los conspiradores,<sup>29</sup> lo que le valió que su tentativa de infidencia no pesara mayormente en su expediente civil y militar.

Temprano fue el interés de Wilkinson por hacerse de conocimientos geográficos que permitieran en un momento dado avanzar hacia las posesiones españolas de tierra adentro. Aun antes de que la Luisiana Occidental quedara bajo la soberanía de los Estados Unidos, él ya se afanaba por obtener información fidedigna de parte de los exploradores y comerciantes que hubiesen recorrido el interior del continente en dirección a las fronteras del septentrión novohispano. Algunos de esos viajeros fueron sus informantes casuales, pero sabemos que otros, como el andariego Philip Nolan, lo proveyeron sistemáticamente de las noticias que requería.<sup>30</sup> Cuando hubo oportunidad para ello procuró Wilkinson que subordinados suyos se incorporaran a expediciones comerciales para que hicieran observaciones geográficas y vieran la posibilidad de hacer alianzas con los indios. A uno de estos emisarios, George Peter, incorporado a una expedición emprendida en 1805 bajo la dirección de un comerciante de St. Louis llamado Auguste Chouteau, le encomendó particularmente calcular las distancias que tendrían que recorrerse para llegar a Santa Fe.<sup>31</sup>

Lejos de ser meramente circunstanciales, todos estos afanes respondían a una bien concebida estrategia de amplios alcances y objetivos claramente definidos. Reiteradamente lo hizo ver así el gobernador y jefe militar en su correspondencia oficial. Al secretario Dearborn le decía en carta suscrita en julio de 1805 que de las facilidades que dieran los indios comanches para cruzar su territorio dependía que se pudiera emprender sin obstáculos una marcha hacia Nuevo México.<sup>32</sup> Apenas unos meses después, en septiembre de ese mismo año, Wilkinson se dirigió de nuevo al secretario de Guerra para manifestarle que había terminado por convencerse de que era posible llevar a efecto una expedición mi-

<sup>29</sup> Luis G. Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América, 1800-1958*, 2 v., México, Porrúa, 1965, v. I, p. 35.

<sup>30</sup> En 1797, Nolan preparó un amplio informe con observaciones sobre el noreste de Texas, mismo que le entregó a Wilkinson para que éste, a su vez, lo hiciera llegar al presidente Jefferson. L. G. Zorrilla, *Historia de las relaciones...*, p. 33.

<sup>31</sup> L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 149.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 151-152. Brown transcribe en estas páginas un fragmento de la mencionada carta.

UNAM - IHH

litar de Missouri a Nuevo México, habida cuenta de que la distancia no excedería las 900 millas (unos 1 300 kilómetros) y el terreno era fácilmente transitable; describía a continuación la posible ruta a seguir, señalando los distintos sitios por los que habría que pasar, las distancias y los tiempos de recorrido estimados, para concluir en que era posible a la sazón posesionarse de Nuevo México con un ejército de unos 2 000 hombres.<sup>33</sup>

Estas declaraciones personales hacen ver que lo que Wilkinson apresuradamente buscaba no era sólo tener un conocimiento cierto acerca de las tierras no colonizadas que se extendían hacia uno y otro lados de la frontera sino contar también con información de valor estratégico para un posible movimiento de agresión militar contra los establecimientos españoles de Nuevo México, ubicados muchos de ellos en las fértiles márgenes del alto río Grande (hoy río Bravo para los mexicanos). Sus pretensiones no fueron secundadas entonces por sus superiores civiles y militares, aunque en una de sus cartas Wilkinson sugiere que Dearborn, el secretario de Guerra, también había alentado esas mismas ideas.<sup>34</sup>

Pero el milite no dejó de trabajar en favor de sus declarados propósitos. Así, en el mes de julio de 1806 despachó tierra adentro a un nuevo grupo de expedicionarios, ya no puestos a las órdenes de algún mercader viandante, sino a las de un subordinado suyo, el teniente de infantería Zebulon Montgomery Pike, joven militar que tenía la experiencia de haber hecho recientes exploraciones hacia las fuentes del río Mississippi.

El grupo encabezado por Pike, que formalmente no tuvo el carácter de un cuerpo militar, estuvo integrado originariamente por veintidós individuos, a saber: el propio Pike; otro teniente, hijo por cierto del general Wilkinson; un intérprete y diecinueve hombres extraídos de las tropas de línea o reclutados entre la población civil fronteriza. A este contingente se agregó a última hora en calidad de cirujano voluntario el ya mencionado doctor John Hamilton Robinson, que llevaba la encomienda de localizar a Baptiste Lalande y reclamarle el pago del adeudo que tenía con el comerciante Morrison.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 153 y 157-158. Algunos fragmentos medulares de esta carta son transcritos por Brown en las páginas señaladas.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 153.

Pese a que Pike y su gente contaban con una amplia información sobre los territorios que habrían de cruzar, tardaron varios meses en llegar a su destino. El primero que lo hizo fue el doctor Robinson, que ya en territorios de Nuevo México se adelantó a sus compañeros y se dirigió a Santa Fe, donde fue hecho prisionero. Muy poco tiempo después, los demás miembros del grupo, que habían acampado en las márgenes del río Grande y sufrían ya los estragos del agotamiento y la mala alimentación, fueron recogidos por una escuadra de soldados presidiales, bajo cuya custodia entraron en Santa Fe el 2 de marzo de 1807. De esta población, todos los expedicionarios fueron llevados a Chihuahua prácticamente en calidad de prisioneros y, luego de casi un mes de detención,<sup>35</sup> conducidos a través de Coahuila y Texas a la línea fronteriza, donde se los liberó. Llegaron a Natchitoches el 1 de julio de 1807,<sup>36</sup> algo más de cuatro meses después de su aprehensión en Nuevo México.<sup>37</sup>

La explicación que dieron y sostuvieron estos expedicionarios ante las autoridades españolas fue la de que habían perdido el rumbo, confundido los ríos y cruzado por equivocación la línea fronteriza. Hay, sin embargo, sobradas evidencias de que otras habían sido las circunstancias y los objetivos de la entrada y de que en su mayor parte esos objetivos se alcanzaron. El propio Pike asentó en uno de sus escritos: "Nuestra mira era la de conseguir el conocimiento del país en cuanto a prospectos para el comercio, su fuerza, etcétera."<sup>38</sup> Y, en efecto, en otro de los escritos suyos hizo detalladas anotaciones de carácter geográfico, pero también sobre las condiciones defensivas y la situación económica de las provincias novohispanas que visitó.<sup>39</sup> Wilkinson, por su parte, recibió la información que esperaba y debió haber quedado satisfecho con ella, a juzgar por el apoyo que siguió dando a Pike, quien pocos años después de su regreso de Nuevo México alcanzó el grado de general brigadier.<sup>40</sup>

España protestó ante el gobierno de los Estados Unidos por esta incursión, a la que atribuyó fines de espionaje; pero James Madison,

<sup>35</sup> O. L. Jones, *Los Paisanos...*, p. 93.

<sup>36</sup> A. W. Bork, *Nuevos aspectos...*, 1944, p. 5.

<sup>37</sup> Para mayores referencias sobre el viaje de Pike y su gente, *vid.* L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 162-172.

<sup>38</sup> Citado en Á. Moyano Pahissa, *El comercio de Santa Fe...*, p. 19.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 22. *Vid.* también L. G. Zorrilla, *Historia de las relaciones...*, v. I, p. 35-36, y M. L. Moorhead, *New Mexico's...*, p. 58.

<sup>40</sup> H. H. Bancroft, *History of Arizona...*, p. 297.

el secretario de Estado, negó categóricamente que aquéllos hubieran sido sus propósitos, sostuvo que se había tratado de una desviación involuntaria de los viajeros y aun adujo que, en todo caso, el gobierno que representaba estaba cierto de que sus derechos territoriales llegaban hasta el río Grande,<sup>41</sup> por lo que los expedicionarios habían sido capturados en realidad en territorios que estaban en disputa entre España y los Estados Unidos.

No hay duda de que la entrada de 1806-1807 constituyó un hito en el proceso de penetración que venimos describiendo. En los años que siguieron a su viaje, Pike propaló ampliamente la idea de que, cruzando la frontera, podía llegarse fácilmente a Santa Fe y aun a la rica población de Chihuahua, lugares ambos en donde, según aseguró, podían expendirse mercancías con beneficios muy apreciables. Fundaba su dicho en que las manufacturas que se llevaban desde el centro de la Nueva España se vendían en aquellas latitudes a precios exorbitantes,<sup>42</sup> tanto así, decía con evidente exageración o quizás errónea apreciación, que allí se pagaban hasta 25 dólares (esto es, pesos, dada la paridad de ambos signos monetarios) por sólo una yarda de telas finas.<sup>43</sup> Decía que el problema, en todo caso, radicaba en las políticas restrictivas aplicadas por las autoridades españolas, lo que no cambiaría sino hasta que el país lograra separarse de España.<sup>44</sup> Pike y su gente informaron además a su gobierno que era claro “que los mexicanos esperaban ayuda de los Estados Unidos para lograr su independencia”.<sup>45</sup>

La difusión de estas noticias seguramente alcanzó una mayor amplitud luego que, en 1810, se publicaron los *Diarios* de Pike, cuyo impacto entre los comerciantes, los oficiales gubernamentales y la gente común no puede ser sobreestimado, según considera un estudio de estos hechos.<sup>46</sup>

Es posible que por este mismo tiempo se hayan empezado a definir más claramente las perspectivas inmediatas de las autoridades gubernamentales de los Estados Unidos y de los cada vez más numerosos pobladores de las tierras de frontera. Hay algunos testimo-

<sup>41</sup> A. M. Carreño, *La diplomacia extraordinaria...*, p. 47-48.

<sup>42</sup> Á. Moyano Pahissa, *El comercio de Santa Fe...*, p. 24.

<sup>43</sup> M. L. Moorhead, *New Mexico's...*, p. 58; S. G. Hyslop, *Bound for Santa Fe...*, p. 21.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>45</sup> Á. Moyano Pahissa, *El comercio de Santa Fe...*, p. 24; L. G. Zorrilla, *Historia de las relaciones...*, p. 36.

<sup>46</sup> L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 239-240.



nios acerca ciertas expectativas que los estadounidenses habían alentado inicialmente en cuanto al posible acceso a las minas del norte novohispano y a la adquisición de las mismas. En 1798, por ejemplo, el gobernador español de Luisiana, Manuel Gayosso de Lemus, se dirigió al virrey de la Nueva España, Miguel José de Azanza, para hacerle ver que los estadounidenses pretendían extenderse hasta el lado occidental del Mississippi en el ánimo de poder “caminar sin estorbo hasta las minas y ricos países de estos reinos”.<sup>47</sup> Agregaba que aquélla se manifestaba como una pretensión general entre la población fronteriza angloamericana, pues quienes así pensaban procuraban “inculcar esta ambiciosa idea a la nueva generación, entreteniéndola a la juventud con relaciones lisonjeras [acerca de las minas] de México y que un día llegarán a poseerlas”.<sup>48</sup>

Que no se trataba de fantasías vulgares es algo que se constata por algunas comunicaciones oficiales del más alto nivel. El propio presidente Jefferson expresó en una carta dirigida en 1803 al ministro francés Dupont de Nemours que la adquisición de la Luisiana Occidental por parte de los Estados Unidos podría asegurar en el futuro la posesión “de las minas de México”.<sup>49</sup>

Ya adquirida la Luisiana Occidental por los Estados Unidos pareció que la amenaza sobre las fronteras del norte novohispano se hacía más real. Así lo percibía por lo menos Carlos Dehault D Lassus, quien aseguraba que los norteamericanos ya estaban haciendo cálculos sobre las ganancias que obtendrían en cuanto se adueñaran de las minas novohispanas.<sup>50</sup> En relación con estas ideas no hay que olvidar que varias grandes regiones del norte de la Nueva España eran afamadas precisamente por la abundancia y riqueza de sus yacimientos minerales.

Esa atracción por las minas novohispanas es lo que parece haberse reconsiderado a raíz de la estancia de Pike y su gente en Santa Fe y en Chihuahua, sobre todo luego que el jefe de ese grupo expedicionario difundió en letra impresa sus observaciones y percepciones. No las minas en sí sino la plata era lo que en realidad interesaba, y parece ser que cada vez se afirmó más la idea de que ese metal podía obtenerse con más provecho, menos complicaciones y de manera más o

<sup>47</sup> Citado en A. M. Carreño, *La diplomacia extraordinaria...*, v. I, p. 24.

<sup>48</sup> *Ibid.*

<sup>49</sup> *Ibid.*, v. I, p. 33-34.

<sup>50</sup> D. J. Weber, *La frontera española...*, p. 412.

UNAM - IHH

menos pronta mediante simples operaciones comerciales. Hombres proveídos de mercancías y no tropas de ocupación fueron los que hicieron el viaje a Nuevo México luego del regreso de Pike a Saint Louis. Incluso el ansioso general Wilkinson, convencido, como vimos, de que no costaría mucho la ocupación militar de Nuevo México, contuvo sus ímpetus bélicos y comprometió sus intereses personales en una de las empresas comerciales que entonces se organizaron.<sup>51</sup>

Entre los que se apresuraron a emular las andanzas de Pike podemos nombrar aquí a los comerciantes Manuel Liza, Jacques Clamorgan y Louis Baudion, que con un conveniente cargamento de mercancías tomaron rumbo hacia Santa Fe, a donde llegaron el 12 de diciembre de 1807. Fueron recibidos con hostilidad por parte de las autoridades locales y, como había sucedido con el grupo de Pike, enviados a Chihuahua, lugar de residencia del comandante general de las Provincias Internas, que entonces lo era Nemesio Salcedo. Con todo, les fue permitido vender sus mercancías, lo que hicieron con algún provecho, y se les envió de regreso a su país.<sup>52</sup>

Puede extrañarnos la permisividad de las autoridades regionales, las que, pese a la política estrictamente prohibicionista del régimen español, no siempre impidieron la venta de las mercancías introducidas ilegalmente en las provincias fronterizas. Pero seguramente había situaciones que propiciaban el disimulo, entre ellas la necesidad de los artículos que llevaban los comerciantes extranjeros y los precios relativamente bajos a que los expendían. La confiscación de las mercancías ilegales fue un recurso por el que a veces se optó, pero en general fue utilizado con prudencia, seguramente para no provocar reclamos del gobierno del país vecino ni frustraciones entre los consumidores locales.

En los años siguientes, otros comerciantes de los Estados Unidos pasaron de Missouri a Nuevo México. En 1809 hizo el viaje un grupo en el que sabemos que figuraban Joseph McLanahan, Reuben Smith, James Patterson y un español llamado Emanuel Blanco.<sup>53</sup> Llegó la caravana a Santa Fe en febrero del año siguiente y, como había pasado en ocasiones anteriores, los mercaderes fueron aprisionados, esta vez por casi dos años, y liberados luego en la línea fronteriza.

<sup>51</sup> L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 184.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 185-187.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 190.

Conviene referir y comentar aquí ciertos hechos relacionados con la entrada en Nuevo México y la detención de estos hombres. Vista la tardanza de su retorno a St. Louis, y corrido allí el rumor de que podían haber sido ajusticiados por las autoridades españolas, hubo un amenazante enardecimiento no sólo de parte de los familiares y conocidos de los viajeros sino de sectores más amplios de la población fronteriza e inclusive de parte de las autoridades gubernamentales estadounidenses. En un artículo aparecido en la *Gazette*, hoja periódica publicada en Luisiana, se decía que había motivos para temer por la suerte de los viajeros, conocida como era la política “poco generosa” que se seguía en la América española; que se trataba de hombres de buena fe, que no habían tenido otro propósito que el de “abrir una comunicación comercial con las provincias altas de México” y que, por ingenuidad, habían creído que iban al encuentro de “hombres blancos revestidos con el nombre de cristianos”, sin caer en la cuenta de que la barbarie caracterizaba a la gente del país visitado y que más generosidad habrían hallado “en el pecho de un árabe y más hospitalidad en la guarida de una hiena”. Concluía la nota diciendo que probablemente los “asesinos mexicanos” —ojo con el uso temprano de este gentilicio— ya habían degollado a esos “respetables habitantes de la Luisiana”, pero que, de ser así, no estaría “distante el terrible día de la venganza”.<sup>54</sup>

Aparte del racismo y las opiniones prejuiciadas, lo que exhibe la nota de la *Gazette* es una concepción de las relaciones comerciales internacionales fundada en la prepotencia y una actitud de profundo desdén respecto de los intereses que no fueran los propios. Según lo que allí quedaba implicado, el comerciar libremente era una práctica de gente civilizada, mientras que resistir el trato comercial por las razones que fueran era una manifestación de barbarie. De conformidad con este principio, una acción en contra de los comerciantes que se introducían en un país para negociar, incluso si se trataba de una acción apoyada en la ley, venía a ser una ofensa a la nación y al gobierno que respaldaban a tales comerciantes.

La nota de referencia pudo haber sido, en cuanto a sus términos, un mero exabrupto del redactor; pero cabe pensar que, como ya

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 237. Brown transcribe parte del artículo en la página indicada; una traducción del mismo al español puede verse en M. Fernández de Velasco, *Relaciones España-Estados Unidos...*, p. 103.

dijimos, de algún modo expresaba el sentir de diversos sectores de la población fronteriza: del populacho, incitado continuamente a menospreciar a los españoles, según lo había informado alguna vez el gobernador Gayosso de Lemus; de los comerciantes, sobre todo de los que confiaban en participar de los beneficios del comercio transfronterizo, y de algunos de los hombres prominentes del mundo oficial. El general Andrew Jackson, jefe militar que más tarde sería presidente de los Estados Unidos, advirtió al gobierno español que si se atentaba contra la vida de los comerciantes presos se tomarían enérgicas represalias. Por su parte, el gobernador de Luisiana, a instancias del entonces secretario de Estado, Robert Smith, intervino ante las autoridades españolas para exigir la inmediata liberación de los prisioneros.<sup>55</sup>

Poco tiempo después de que este incidente quedara zanjado se efectuó un acto de diplomacia extraordinaria —es decir, no realizado por los conductos oficiales y bajo las formas protocolarias— con el que el gobierno de los Estados Unidos trató de allanar el terreno para el comercio transfronterizo. Se realizó en 1813 por decisión del nuevo secretario de Estado, James Monroe, quien comisionó al doctor John Hamilton Robinson, ya conocido en Santa Fe y en Chihuahua, para que viajara a esta última población y procurara entrevistarse con el comandante Nemesio Salcedo, a quien debía proponerle un acuerdo para contener a los grupos indígenas depredadores que hacían peligroso el tránsito por las tierras de frontera y para que se establecieran relaciones comerciales entre los Estados Unidos y las provincias norteñas de la Nueva España. Sin comprometer su opinión sobre lo pedido, Salcedo respondió que informaría de la propuesta al virrey y a la Regencia que se había hecho cargo del gobierno imperial.<sup>56</sup>

Con excepción de éste de Hamilton, los viajes a Nuevo México que se hicieron después de 1807 se debieron exclusivamente a la iniciativa de particulares, sin que se los apoyara oficialmente, como había pasado con la expedición de Pike; pero las autoridades gubernamentales de los Estados Unidos procuraron estar al tanto de su desarrollo y no se mostraron indiferentes cuando los viajeros fueron

<sup>55</sup> L. F. Brown, *The Explorer...*, p. 237-238.

<sup>56</sup> A. M. Carreño, *La diplomacia extraordinaria...*, p. 155-157, y L. G. Zorrilla, *Historia de las relaciones...*, v. I, p. 39.

encarcelados por las autoridades españolas. Vimos que la intervención oficial fue decisiva para que los comerciantes McLanahan, Smith, Patterson y Blanco, detenidos durante casi dos años, fueran finalmente liberados. En cambio, no tuvieron la misma suerte los integrantes de otro grupo de comerciantes que salió de St. Louis en abril de 1812.

Estos hombres, cuyos jefes respondían a los nombres de James Baird, Robert McKnight, Samuel Chambers, Benjamin Shreve y Michael McDonough,<sup>57</sup> llevaban un buen cargamento de mercancías y, como había pasado con sus predecesores, antes de llegar a su destino los encontró una partida de soldados presidiales que los condujo a Santa Fe, donde, por órdenes del gobernador, José Manrique, fueron puestos en prisión y confiscadas sus mercancías. Se los condujo luego a Chihuahua y allí se les dejó en libertad, aunque sin derecho a salir de la población. En 1815, habiendo sido acusados de estar conspirando contra el gobierno español, fueron encerrados en el hospital militar, donde permanecieron durante varios años.

También esta vez hubo reacciones airadas de parte de los familiares y congéneres de los comerciantes, así como de la prensa de Missouri, que seguramente atizó los sentimientos antiespañoles. También alzaron su voz algunos políticos y hombres de empresa de Missouri, lo que finalmente llevó al secretario de Estado a abogar ante el gobierno español en favor de los prisioneros.

Nada de esto alteró la situación, quizás porque el delito del que se acusaba a los comerciantes era particularmente grave desde el punto de vista político y más punible resultaba en las circunstancias de inestabilidad que entonces amenazaban el dominio español, no sólo en la Nueva España sino en toda la América hispana.

No es de dudarse que los comerciantes detenidos, al relacionarse con gente de Chihuahua, hayan tenido por lo menos una conducta sospechosa. Las experiencias habidas por ellos mismos y por sus predecesores hacían ver que la gente del común no rechazaba a los mercaderes, aunque fueran extranjeros, mientras que quienes ocupaban cargos de autoridad podían llegar a obrar circunstancialmente con rigor, según las instrucciones que hubieran recibido por parte de las autoridades centrales del virreinato. Pudo suceder en este caso que las autoridades locales estuvieran adver-

<sup>57</sup> M. González de la Vara, *La corta mexicanidad...*, p. 45.

UNAM - IHH

tidas de que tenían que obrar con energía ante cualquier indicio de conspiración.

La inconsistencia en cuanto a las actitudes de las autoridades locales puede ilustrarse con los casos de los gobernadores Alberto Máynez y Pedro María de Allande; el primero permitió el año de 1815 que el viejo negociante de la frontera, Auguste Chouteau, se estableciera en algún paraje de Nuevo México desde donde pudo comerciar con las poblaciones de Taos y Santa Fe, lo que dos años después fue prohibido por el gobernador Allande, quien, con una actitud de menor tolerancia o con distintas instrucciones, mandó apresar a Chouteau y confiscarle sus mercancías.<sup>58</sup> Obviamente, el mercader y sus dependientes solicitaron luego la protección de su gobierno.<sup>59</sup>

Parece ser que todavía en 1817 otros traficantes que combinaban el negocio de la cacería de animales de piel valiosa (principalmente de nutrias y de bisontes) con el comercio fueron a dar al pueblo de Taos, Nuevo México, donde las tropas presidiales los tomaron presos y les confiscaron su cargamento de pieles. Entre estos hombres iba Manuel de Liza,<sup>60</sup> que ya tenía por lo menos diez años pugnan-do por comerciar con la provincia novomexicana.

Es probable que, en general, los comerciantes estadounidenses que estaban empeñados en extender sus negociaciones hasta Nuevo México concibieran, lo mismo que otros connacionales suyos, que las condiciones para realizar el pretendido comercio transfronterizo mejorarían el día en que la insurgencia de los novohispanos lograra poner fin al dominio español. Retirado ya de los cargos públicos, Thomas Jefferson lo manifestaba así en una carta dirigida en 1816 al secretario de Estado, James Monroe, a quien le decía que convenía a los Estados Unidos que los hispanoamericanos siguieran luchando por su independencia y llegaran a obtenerla, pues con ello era seguro que todos esos países se abrirían al comercio internacional.<sup>61</sup>

Años hacía que la prensa norteamericana, incluso la más influyente, venía abonando estas mismas convicciones. En 1814, el periódico *Washington Republican*, por ejemplo, propugnaba en sus páginas que los Estados Unidos dieran apoyo a la lucha de los mexicanos

<sup>58</sup> Á. Moyano Pahissa, *El comercio de Santa Fe...*, p. 24-25.

<sup>59</sup> *Ibid.*

<sup>60</sup> M. González de la Vara, *La corta mexicanidad...*, p. 45.

<sup>61</sup> A. M. Carreño, *La diplomacia extraordinaria...*, p. 85.

por su emancipación, pues con ello, decía, se llevaría “la libertad y la felicidad a esos millones de seres humanos” que, por su condición colonial, no hacían sino dar satisfacción a la “codicia europea”.<sup>62</sup> No ocultaba ese periódico —no tenía por qué hacerlo— los motivos profundos de su excitativa: “si a treinta días de camino, a partir de nuestras fronteras, se encuentran las minas más ricas de ese imperio [el novohispano o, como se le llamaba ya comúnmente, el mexicano], ¿permitiremos que esos tesoros vayan a parar a las arcas de nuestros enemigos [europeos]?”<sup>63</sup> El mismo sentido tenía una nota publicada en 1819 en el periódico *St. Louis Enquirer*, en la que se decía que el nombre de México era “sinónimo de minas de oro y plata” y que eso ejercía una atracción invencible entre mucha de la gente que poblaba los estados de la parte sudoccidental del país.<sup>64</sup>

Los acontecimientos de 1821 significaron un cambio radical en la situación del comercio que se estaba tratando de efectuar a través de la frontera. Ese año, el gobierno encabezado por Agustín de Iturbide ordenó la liberación de los prisioneros de Chihuahua, quizá por considerar que el delito que se les imputaba ya no resultaba tal, sino todo lo contrario. Antes de concluir el año, el 1 de diciembre, llegó a Santa Fe en procura de noticias, pero sin dejar de llevar algunas mercancías, un grupo de viajeros entre los que figuraba un hermano del recién liberado Robert McKnight.<sup>65</sup> Apenas unos días más tarde entró en aquella misma población una pequeña caravana comercial conducida por un exmilitar llamado William Becknell,<sup>66</sup> a la que siguió casi inmediatamente después otra que llegó guiada por Thomas James.<sup>67</sup> Luego, en enero del año siguiente, otro grupo de mercaderes encabezado por Hugh Glenn y Jacob Fowler se hizo presente en el pueblo de Taos.<sup>68</sup>

Todos estos visitantes vendieron sus mercancías sin mayor problema, obtuvieron ganancias que colmaron ampliamente sus expectativas y dejaron abierto el camino para que muchos otros comer-

<sup>62</sup> Citado por J. Fuentes Mares, *Génesis del expansionismo...*, p. 25.

<sup>63</sup> *Ibid.*

<sup>64</sup> Richard O. Ulibarri, *American Interest in the Spanish Mexican West*, Ph. D. dissertation (University of Utah, 1963), facsimilar reprint, Saratoga, Ca., R. and E. Associates, 1974, p. 78-79.

<sup>65</sup> M. González de la Vara, *La corta mexicanidad...*, p. 45.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>67</sup> S. G. Hyslop, *Bound for Santa Fe...*, p. 231.

<sup>68</sup> M. González de la Vara, *La corta mexicanidad...*, p. 46.

ciantes de tradición o de ocasión, procedentes en su mayoría de Missouri, mantuvieran activo hasta los tiempos de la guerra entre Estados Unidos y México un comercio transfronterizo que, como veremos, llegó a tener una gran importancia en las regiones vinculadas por los nuevos circuitos comerciales, impactó en alguna medida y en forma desigual las economías de los dos países y fue motivo de continuas tensiones en el terreno diplomático.



UNAM - IIH